

Cómo eliminar el racismo en dos horas

(Paradojas de un posible “Tratado sobre el racismo” en tiempos de expansión tecnológica y pensamiento debilitado)

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

1. De cómo encontrar con una pregunta cientos de respuestas y viceversa, lo cual es más importante.

Nuestro tiempo va ganando en conciencia sobre el peligro de las injusticias, las desigualdades y las agresiones, de mayor o menor intensidad, que propician relaciones anómalas de poder en distintas esferas de la vida. Quizá por la enseñanza que dejaron las revoluciones del siglo XX y un amplio registro de violencias contra la especie humana, después de un esfuerzo optimista, pudiéramos notar, entre las complejidades de la actualidad, un cierto y emergente rechazo al lenguaje de la fuerza como una de las ganancias reconocibles dentro de varios siglos. Junto a la mejor definición de los derechos humanos, el respeto a las minorías, más un amplio reconocimiento de la gravedad que los cataclismos sociales, las asimetrías y los desequilibrios representan para toda la comunidad -y no solo para las víctimas: rechazados, excluidos, explotados o discriminados-, se nos presenta otra vez una demanda fundamental. ¿Cómo eliminar o disminuir tales zonas de injusticia y deshumanización, paradójica y lógicamente coincidentes con el *boom* de las tecnologías cuando, a la vez, el desarrollo científico-técnico devela la pobreza moral de la civilización?

Uno de esos desafíos de nuestra época, ante el cual se tejen y cruzan to-

rrentes de tintas y discursos, es la discriminación debido a criterios raciales. Porque, semejante al problema de la esclavitud, sobrevive ante el asombro de las generaciones a pesar de la endeblez teórica de sus posiciones y del consenso internacional sobre la urgencia de su eliminación. Y entonces sobreviene otra pregunta: ¿por qué continúa, muta de forma y tal vez prospera alrededor del globo terráqueo? Observemos un instante la cuestión racial a la luz de los aportes del pensamiento ilustrado, los objetivos de la modernidad, los adelantos de la ciencia, las doctrinas sociales de los últimos 200 años, las nuevas tecnologías en diferentes ámbitos, las ideologías fabricadas a partir de la llamada condición postmoderna, las preocupaciones postcoloniales y los nuevos movimientos sociales. ¿A qué se debe la sorprendente lozanía de una discriminación cuyos agravios ya eran obvios, al menos, a fines del siglo XIX?

El presente artículo no pretende dar una explicación científica a tan sencilla interrogante. Tampoco es su objetivo develar orígenes socio-históricos, claves bio-psico-sociales y menos definir políticas. Si busca un manojito de preguntas sobre el qué y el cómo entender una conciencia colectiva enferma (¿podría alguien no ser racista en medio de una cultura signada por semejante mal?) de cara a una comprensión del problema que consiga desajustar el sentido del

“pensamiento racista”, hasta donde posee sustento lógico un discurso de carácter anticientífico y cuya base, afín a las pasiones desordenadas y a los prejuicios, se asienta en lo menos noble del pensamiento mítico o pre-lógico. De ahí que las interrogantes que rondan los temas perentorios e interrelacionados con la condición actual del racismo y las respuestas posibles para su eliminación definitiva, o la ausencia de estas, constituyen una *conditio sine qua non*, la principal herramienta ante unas coordenadas sumergidas bajo atavismos y respuestas no siempre voluntarias. Y otra cosa: este articulista se plantea la posibilidad, al parecer ridícula y delirante, de eliminar el racismo en dos horas.

2. De cómo el racismo, más que un prejuicio y menos que una ideología, es hoy una postura cultural.

En países donde, como sucede en Cuba, el racismo ha sido eliminado oficialmente, en lo que respecta a las leyes y a los principios éticos en los que se apoya su paradigma social, resulta muy tentador plantearse su desaparición definitiva. Pero también esas aspiraciones ofrecen un referente de excelencia para acercarnos a lo que podría ser una anatomía de la discriminación racial. De conseguirlo, tal vez se nos revele la estructura sistémica de un fenómeno histórico con gran capacidad de adap-

tación, incluso bajo los programas y acciones de igualdad, propios de una sociedad regida por los ideales comunistas, y de una cultura mestiza como la nuestra.

Y ahora, ante el reciente “redescubrimiento” cubano de un asunto que vuelve casi cincuenta años después a los sitiales del reconocimiento público, una de las primeras reacciones ha sido aceptarlo restándole importancia o viéndolo como un problema de limitado alcance. Fijémonos bien, no es un tema de baja intensidad sino una injusticia de compleja naturaleza. Otros prefieren verlo como un rezago de la primera mitad del siglo XX cubano, y que solo los prejuicios obstaculizan su eliminación. Sin embargo, podemos observar con facilidad la supervivencia de comportamientos racistas en la población, tanto en forma casi inconsciente como en forma deliberada, sin distinguir las barreras de edad, generación, educación/instrucción, nivel económico o social, sexo, credo religioso o político, o cualquiera de esas categorías que nos hemos inventado para clasificarnos de manera obsesiva. Incluso se descubren con facilidad agresiones, supuestos ha-

lagos y bromas racistas entre personas del mismo grupo racial, tal vez para dejarnos claro la naturaleza sistémica de un mal que penetra muy hondo en la conducta de cualquier individuo.

A mi juicio, la razón principal radica en la impecable mutación del fenómeno, que le ha permitido sobrevivir mediante cambios en la forma de sus manifestaciones sin transformar en nada el corazón que lo mantiene con vida: la fobia personal y social como un tipo de “psicopatología colectiva”. Pero la fobia se sustenta sobre el concepto de raza, un factor ingenuo e influyente que desde la infancia nos organiza una perspectiva de la realidad que deviene en auténtica mitología. Velar la complejidad de lo real y regalar una visión simplista y sentimental del fenómeno constituye el éxito de esa mitología. Sin embargo, de cara a su enfrentamiento, más importante que encontrar causas, sería definir la naturaleza y el funcionamiento. Según la concepción que nos forjemos del problema así serán las medidas que tomaremos para erradicarlo.

La fobia como elemento irracional y el supuesto racional del concepto

de raza le han permitido y, en el peor caso, le permitirán al racismo una larga vida, de no ocurrir una transformación importante en la conciencia humana. Lo vemos cuando desmontamos su periplo de los últimos 200 años en muchas partes y descubrimos sus tres modelos de resistencia de acuerdo con las circunstancias. A veces sucesivos, a veces coincidentes, se interrelacionan sin perder sus particularidades un estado de *legalidad*, otro de *ideología* y uno, más resistente, de *cultura*.

En cuanto a los dos primeros, la actualidad ha dictado sentencia definitiva. Las leyes que institucionalizan el discurso racista (el Apartheid sudafricano, por ejemplo) perdieron toda credibilidad y apoyo en la arena pública del mundo civilizado. Por otro parte, la ideología que le brinda una logística intelectual, una justificación teórica, sobrevive; pero tiene que vérselas con el gigantesco argumento de la antropología a la luz de las evidencias genéticas, el cual, a partir de una comprensión cada vez más profunda de la condición humana, se pregunta seriamente a qué llamamos “raza”, si a un color de piel, a ciertos rasgos faciales, a un tipo de

cabello o a la reunión de todo eso. Y la respuesta basada en los aspectos genéticos exhibe la superficialidad del criterio racista que tampoco puede apoyarse en sus taxonomías, y menos hoy, frente a la corriente dominante que considera el discurso de supremacía racial como políticamente incorrecto. No obstante, denigrar los aspectos negativos del concepto, asociados a una rara mezcla de elementos naturales, étnicos y culturales, tampoco debería conducirnos al exceso de rechazar la realidad de las diferencias raciales como si fuera un puro asunto ideológico impuesto



a la realidad natural. Es decir, tal vez la manera de desmontar y erradicar la absurda ideología discriminatoria no sería solo la redefinición de los términos desde un mayor rigor científico, sino llegar al núcleo cultural del asunto donde palpitan los factores que generan tales convicciones.

De ahí que la ideología racista prevalezca aún dentro de estructuras sociales no racistas, o antirracistas, porque el desmantelamiento del montaje ideológico no siempre implica el desmontaje de las bases socio-culturales. Por ende, un país entero puede participar de un racismo cultural, aparentemente inofensivo, blando (ese sí de baja intensidad) que guarda la médula del racismo real, estructurado a todo lo largo de las relaciones sociales, integrado a la norma que organiza el comportamiento cotidiano e invisible, un racismo operante bajo la conciencia de los sujetos, a través de sus hábitos, habla cotidiana, tradiciones, imaginario nacional.

De nuevo la nación cubana sirve de muestra eficaz para demostrar cómo se “invisibilizan” las conductas discriminatorias. Después de un nutrido expediente de procedimientos racistas en los periodos colonial y republicano, después de la conformación de una cultura hispano-africana, orgullosa de su proceso sincrético de formación, después de las estrechas relaciones de nuestro pueblo con países africanos, a los cuales ha dado amor, conocimientos, sudor, lágrimas, sangre y vida, después que la fraseología popular reconoce que “quien no tiene de congo tiene de carabali”, después de la abundancia de parejas interraciales, después del extendidísimo mestizaje de la población y en medio de la condición socialista del Estado, el racismo persiste en una curiosa variante nacional cuyo inventario de actitudes no tendría el objetivo de satanizar, sino de ilustrar y concientizar. Asombrémonos al contemplar que la ideología antirracista se alió a un comportamiento que acepta sacrificarse por un amigo negro pero en ocasiones no a tenerlo en la familia. Ese comportamiento defiende los derechos de la “gente de color” mientras rechaza o desconfía de la integridad y nobleza de los mestizos y negros; acep-

ta sus valores humanos pero considera que son mejores para ciertas actividades que le serían propias (deporte y música); afirma la necesidad del “progreso de los negros”, pero no los considera estéticamente apreciables (a no ser que se parezcan al referente blanco, claro); se compadece de los maltratos que por su raza reciben individuos del cono sur africano, pero le cuesta reconocer los valores de la antigua civilización negra, la “negritud” de los antiguos egipcios, quizá la propia cultura afrocubana o afro-norteamericana; se permite todo un refranero y un léxico peyorativo o eufemístico que cuando pasa inadvertido se disfraza de chiste popular.

En fin, lo negro se valida hasta el punto en que pueda poner en cuestionamiento la supremacía cultural blanca. Aunque las variables de ese racismo escondido u oculto, ajustado al “deber-ser”, a lo políticamente correcto, son incalculables, sus consecuencias se perciben a primera vista no solo en el modo en que la gente se trata. Más instructivo será observar cómo las personas se valoran a ellas mismas, el lugar que se conceden en los distintos escenarios sociales y los proyectos de humanidad que se dibujan a sí mismas. Entristece a ratos la discriminación que las personas de evidente origen africano establecen entre ellas, pero entristece más la automarginación y la auto-discriminación que se aprecia cuando el negro no se acepta a sí mismo al no reconocerse enteramente digno, ni bello, ni valioso, a no ser que lo consiga a través de la imitación no siempre sutil de la apariencia de las personas consideradas blancas. He aquí la máxima eficacia del racismo cultural, que no necesita siquiera la presencia del represor porque la represión ya está implícita en el sistema axiológico de la cultura e integrada a la conciencia (e inconciencia) del sujeto social.

3. De cómo el montaje cultural racista estructura un discurso en metamorfosis que cristaliza en una forma de representación.

La noción de racismo cultural pierde el carácter fáctico de lo que puede corroborarse en una investigación cuan-

titativa para adentrarse en la indagación cualitativa de matriz sociológica, psicológica e inexacta. No obstante, todavía quedan las estadísticas que brindan información sobre cuántos ciudadanos considerados negros ingresan en los centros de estudios superiores o en las cárceles, cuántos laboran en sectores privilegiados de la economía interna, cuál es el salario promedio de la gente negra o mestiza respecto al mismo indicador en ciudadanos identificados con la raza blanca, cuál es el comportamiento biológico, cultural, escolar o familiar de los grupos raciales. Tales estadísticas y otras corroborarían o relativizarían la noción de racismo cultural, pero no creo que nieguen la existencia de una coyuntura apreciable a simple vista: en nuestra sociedad la gente asociable a los grupos negro y mestizo ha mantenido un índice menor de condiciones para el desenvolvimiento social.

Esas realidades ayudan a delimitar el campo de la realidad del campo de la opinión sobre las circunstancias, y luego el de las soluciones apropiadas. Entonces, una cosa sería distinguir acciones aisladas de discriminación cuya naturaleza es incompatible con los principios del socialismo en nuestro país, y otra sería percibir un entramado de comportamientos que opera en todos los niveles de la sociedad sin dejar, prácticamente, ningún ambiente ni ciudadano al margen de su desenvolvimiento. En el primer caso habría que atender manifestaciones negativas o accidentes del comportamiento, en el segundo tendría que descubrirse el diseño de un engranaje cultural que opera de manera subrepticia, integrado a todo nuevo escenario a lo largo de décadas.

Las evidencias me empujan hacia el segundo caso. Y quien escribe no es un investigador sobre estos temas, sino un ciudadano que ha vivido y observado con atención, durante las últimas dos décadas, las maniobras de dicho engranaje. No dudo, pues, de la naturaleza sistémica y parasitaria del racismo. Podría permanecer más o menos latente durante muchos siglos más, haciéndose pasar como otra parte del organismo social, quizá simulando ser hasta una

función orgánica del cuerpo. Pero no pasa de ser un mal funcionamiento, un virus que impide que la sociedad prospere y aproveche todas sus fuerzas y posibilidades. En personas de distintas generaciones, muchas de las cuales no conocieron el pasado republicano, el racismo latente produce tristezas, dolores y frustraciones, estimula desencantos y hasta traiciones, mientras se corroe una parte del ser nacional que no se siente totalmente aceptada ni apreciada en la generalidad de la condición y en la particularidad de la existencia. La urgencia de la unidad nacional tiene en el racismo, para el Archipiélago y la Diáspora, a uno de sus peores adversarios. De ahí el carácter perentorio del tema.

La eficacia del montaje cultural racista resulta paradigmática, toda vez que ha conseguido que no poca gente, y gente juiciosa, considere que es una ficción o un criterio desproporcionado respecto a la realidad. Su eficacia se fundamenta en la cualidad de presentarse como algo normal. Hacerse norma ha sido la mejor forma de pasar desapercibido, ser inaccesible, de esconderse sin perder la capacidad de transformación de una esencia inmutable. Y la **invisibilidad**, cualidad principal de este discurso, se sostiene en conocidos mecanismos de construcción ideológica. Hablaré del más obvio: la otredad.

Para el racismo oculto el negro es siempre el otro. El negro y lo negro, junto a los mestizajes, comprenden el tema principal, tal vez el único, porque del blanco y de lo blanco nunca se habla al considerarlo **la norma**. El negro se convierte en una excepción distinguible desde la lejanía hasta la proximidad. Es el material de estudio, el centro de los debates, la razón de las políticas y el punto neurálgico de las discusiones, aunque todos estén a favor. El negro recibe tanta importancia que nadie diría que hay racismo en ello porque se ha pasado de la ideo-

logía racista clásica, que invisibiliza al negro, al discurso antirracista clásico, que observa la urgencia de visibilizarlo al máximo como un modo de resolver el problema. Lo que ocurre es que, por lo regular, el análisis de lo negro dentro de la cultura occidental y sus derivados, usa perspectivas, categorías, herramientas teóricas y sistemas de pensamiento establecidos por aquella **norma** blanca, aún dentro de la cultura mestiza. Y esa norma, por demás útil, constituye un muro epistemológico. Convertir al negro en “el otro” asegura que el debate nunca se salga de las coordenadas invisibles del montaje cultural racista. Para conocer la naturaleza del racismo habría que adentrarse más en “la mente del victimario” y menos en “los dolores de la víctima”. Quizá este artículo tenga las mismas limitaciones que cuestiona.

La única vía para alcanzar la verdadera eliminación de la discriminación racial, según apreciamos hoy, consiste en la disolución del prejuicio como resultado del crecimiento moral, y no a través del consumo de simples conocimientos intelectuales.

4. De cómo enfrentar el peligro de que la exclusión de la exclusión reproduzca las mismas estructuras y modelos que rechaza.

El montaje cultural discriminatorio se ha estructurado en la Cuba actual a partir del silencio y del camuflaje. Nadie, con seriedad, puede probar que ha sido un procedimiento organizado desde las instancias del poder. Se parece más a la ingenuidad política, a la extrema confianza en la comprensión

de algunos manuales y al mencionado **proceso de invisibilización** propio del discurso racista y sus estrategias de supervivencia. En tal sentido, a fines del año pasado, ante la Asamblea Nacional del Poder Popular, el presidente Raúl Castro se refirió al racismo y a los prejuicios raciales y declaró su compromiso de suprimirlos. De esta forma la alta dirección del país reconoció sin tapujos una deficiencia endógena y, recuperando el tema que había caído en manos foráneas, se **ha** colocado a la cabeza de una cruzada nacional que sugiere, además, promover a diferentes cargos de dirección a mujeres y a negros. Hagamos votos para que en el intento prevalezca el buen sentido de elegir, primero, según el mérito y la capacidad. Una aplicación diferente poco ayudaría a las intenciones de las autoridades, e incluso podría lesionar el bien de la patria.

En Cuba, donde nos enseñan desde niños que “quien no tiene de congo tiene de carabalí”, se hace imprescindible respetar la variedad racial, étnica y cultural. Una medida mal aplicada que traiga nuevos desequilibrios afectaría a todos los que nos enorgullecemos de ser cubanos, pese a divergencias lógicas y necesarias del entramado socio-histórico, porque, en definitiva, apreciamos la variedad como una

riqueza. El valor de la cubanía forjada a fuego lento en más de 500 años, aún descubre, en las distintas regiones del país, un espectro matizado que lejos de descomponer la idiosincrasia, la fortalece por la diferencia. Una demanda gigantesca de nuestra sociedad y nuestra cultura radica en poner en diálogo armónico esa riqueza que desafía la unidad uniformada, pues aquel tesoro se ha ido construyendo a lo largo de un proceso de síntesis cultural y política que la joven nación cubana enfrenta desde finales del siglo XIX. Este pro-

ceso no es distinto de la defensa de la identidad y de la visión de un proyecto nacional incluyente, más fuerte y plural. Quizá el hecho de que no hayamos todavía sabido explorar y aprovechar las infinitas posibilidades de lo cubano como cristalización y no como síntesis, es decir, demasiado dependiente de lo africano y de lo europeo, contribuya a la permanencia del problema racial.

Por otra parte, aunque desconocemos las medidas concretas que el ejecutivo diseña para la erradicación del problema, se percibe una combinación de la acción afirmativa -política de promoción de una raza sobre otras- con los procedimientos educativos en función de corregir algunos errores al respecto en la formación de los niños y jóvenes. De ser así, valdría recordar que el procedimiento anterior, que José Martí llamó “racismo justo”, es solo el inicio de una estrategia que se reconoce más necesaria que eficaz, en tanto no cambia los fundamentos del montaje racista sino que los reproduce. Además, las posturas guerrilleras y las acciones bélicas, bastante comunes entre nosotros, conseguirán detener ejércitos, pero no pueden destruir los desatinos de la conciencia. El mito no morirá ni con estrategias marciales ni con doctrinas filosóficas. Al contrario, la conciencia enferma se robustece en circunstancias de agresión, se atrincheran las pasiones y la razón se pone a sus pies. Y si en algún momento parece extinguirse, solo se habrá escondido, a la espera de mejores circunstancias.

Advertida la complejidad del desafío, y mientras llegan mejores decisiones, al menos podríamos representar las circunstancias de una manera jocosa, como un chiste, tal vez de mal gusto, que revele la incongruencia racional, moral y social de una actitud heredada y cultivada. El choteo, que inquietaba a Jorge Mañach, podría sernos útil para responder a una cuestión objetiva, aunque ridícula, que si no fuera por los millones de víctimas que ha causado durante millones de años, y todavía genera, movería a risa. Chotear el racismo me parece una típica acción liberadora, semejante al funcionamiento de lo cómico como mecanismo sim-

bólico de control y superación de un mal a partir de sus claves psicológicas y a través del registro de lo imaginario. Burlarse del racismo -hacer en lo imaginario lo que nos frustra en lo real- no resolverá la injusticia social, pero dará un paso imprescindible. La misión será develar la naturaleza del mal, desnudar su constitución e irrumpir en las cavernas de su estructura, pues, ya que tiene su cuartel general en los predios de la cultura, el mejor recurso será vaciar al racismo de sentido usando la imagen artística y la acción cultural del desacato para cercenar las raíces psicológicas que le alimentan. Una mala conciencia, preservada a través de generaciones, que todavía hoy desprecia a la ciencia y en ocasiones triunfa dentro de un mundo altamente “tecnologizado”, debería desmontarse con ironía equivalente, además de estudiarse en su capacidad ejemplar de supervivencia, cual virus resistente o uno de esos insectos que, afirman los biólogos, podrían resistir a la destrucción del resto de la vida en el planeta.

Un bicho raro es el racismo, muy poco organizado y por eso ancestral y básico (“yo, bien negro y grandote, soy mejor que tú porque eres rubio y chiquitico”), pero con toda la capacidad de resistir hasta el fin de los tiempos, de reproducirse, agigantarse, destruir como otrora, reproduciendo viejas prácticas del crimen racial u otras más modernas o posmodernas. Si no se le reconoce más allá de la mirada fenoménica que le prodigan generosamente buena parte de la opinión pública, a veces subestimado dentro de otros empeños antidiscriminatorios de políticas públicas generales propias del relativismo y hasta de algunos centros del saber y del poder, el racismo volverá a salir de su cápsula cultural y no parará hasta reorganizarse bajo nuevas formas legales. La actualidad internacional también ofrece signos de ese peligro.

En esencia, el racismo es un asunto de odio. Sin proponérselo, demuestra que toda exclusión es un funcionamiento defectuoso del individuo y de la sociedad. Atacarlo con la táctica de reprimir la represión sería lo mismo que estimularlo, dán-

dole nuevas y desconocidas fuerzas. Al contrario, se le debe manejar de la misma manera que a la ignorancia: abriéndose a la sabiduría y, aunque duela, al amor que todo lo sufre, todo lo espera, todo lo cree, todo lo soporta, y por eso “mueve el sol y las estrellas”. Por tanto, si nos adentramos en lo que pudieran ser las claves motrices de tal discriminación a nivel de la conciencia individual y colectiva, quizá, siendo muy optimistas, hasta alcancemos a **eliminar** el racismo en dos horas.

5. De cómo la eliminación del racismo debe atender una patología de la conciencia antes que una postura intelectual: El Experimento.

La única vía para alcanzar la verdadera eliminación de la discriminación racial, según apreciamos hoy, consiste en la disolución del prejuicio como resultado del crecimiento moral, y no a través del consumo de simples conocimientos intelectuales. El saber que produce el intelecto es incapaz de transformar por sí mismo la complejidad del pensamiento humano que incluye factores no racionales, y por eso de más difícil abordaje. El tratamiento de los prejuicios raciales, entonces, depende del acceso a la mencionada conciencia mediante las distintas vías de formación ciudadana y los recursos específicos de la educación. Una excelente posibilidad sería contribuir a la formación de los más jóvenes o la disposición de cualquier persona a superar, incluso, hábitos y criterios que durante siglos se han considerado una verdad inobjetable, pero que el propio desarrollo humano evidencia contrario respecto a la ley natural y al mejor desempeño de la armonía social.

Por tanto, como el racismo no se destruye con la implementación de una legalidad contraria a sus expresiones públicas, ni con enfrentamientos ideológicos, y ni siquiera se elimina totalmente con simples programas educativos para la escuela o los medios audiovisuales de comunicación masiva que exponen una doctrina cuya coherencia luego la realidad cuestio-

na, solo queda una variante: una cura de la patología en el comportamiento.

Dicho metafóricamente e irónicamente, reconocer la existencia del racismo implica haber superado las barreras intelectuales y objetivas que impiden su curación. A esas alturas, se tendrán las condiciones para acceder a las partes menos conscientes en el funcionamiento de la mente humana, la misma que produce los chistes, las emociones y las conductas involuntarias: deseos, gustos, imaginaciones, inclinaciones... El "desorden del *ethos*" que constituye el tema del presente artículo necesita un largísimo y dudoso proceso cultural o una **cura en el alma** que alguien, no sin razón, pero en pleno choteo, podría llamar lo-cura.

Usemos la imaginación para representarnos dicha terapia desde la perspectiva de una fantástica Clínica Cultural. La sanación hipotética tendría un núcleo catártico, sería una suerte de educación sentimental o cura a través de las pasiones a la cual el sujeto se someterá voluntariamente. El racismo patológico queda reducido a un padecimiento existencial que corroe el alma de la persona y le hace esclava de una desviación que será tan profunda como enraizada esté la convicción de que existen individuos humanos de primera, segunda o tercera categoría, de

acuerdo con la pigmentación de la piel u otros datos fenotípicos. Una tipología semejante defendió el régimen sudafricano del Apartheid durante más de 40 años. Y aquello nada tuvo que ver con un chiste.

Entonces, al sujeto hipotético no le reconoceríamos una manera de pensar, sino una manera de ser. Aquejado por el mal de la exclusión y del desprecio, el individuo da su primer paso cuando reconoce que habita en su interior ese monstruo silencioso de mil caras que corroe, bajo tantas otras formas, el interior de las personas hasta despojarlo de humanidad. Aquí aparece la "solución de las soluciones", **el experimento**. Mas no debería esperarse demasiado para comenzar su aplicación, pues el reconocimiento del mal no exime de su influencia. Veamos en líneas generales su implementación imaginaria.

El tratamiento dura solo un par de horas. Habría una primera hora para recibir una explicación y comprender (en la justa manera martiana) que si bien el reconocimiento de las diferencias es una ganancia de la naturaleza y de la sociedad humanas, además de un acto de justicia, todas las divisiones de nuestra especie pueden ser semillas del Mal porque tienden a debilitar la mente, incapacitándola ante la complejidad. Una vez vencida la etapa

intelectual, la otra hora será necesaria para realizar la superación de las actitudes racistas mediante la burla de las acciones discriminatorias y la ironía de los racismos, donde el sujeto, por un tiempo prolongado, debe reírse sin parar y a mandíbula batiente de sí mismo y de los demás discriminadores, casi la sociedad entera, respondiendo a una serie interminable de imágenes, relatos, sugerencias, sonidos, efectos y sensaciones. La sesión concluirá con la realización de gestos específicos de fraternidad y unidad, que serán valorados por un Comité de Expertos.

Estas dos horas de laboratorio describen una pesadilla científica, puesta a disposición del racista (¿quién no lo es?) "consciente y contrito" que desee desintoxicarse. Compréndase también, y quizá sea esto lo más importante, que en lo absoluto se trata de fomentar actitudes de destrucción, guerra, combate, agresión, maltrato, opresión, sojuzgamiento o desprecio hacia aquello que se considera un error evidente. La clave de este ensueño pasa por el despertar a la realidad de la armonía social y por la disposición de cambiar el mundo en primerísimo lugar cambiando a uno mismo. El principio de la acción sanadora radica en una actitud libre y responsable junto a una mente abierta al misterio de la existencia humana, al misterio de cada ser humano.

Y para quienes, aún necesitados de purificación, no deseen someterse a una experiencia tan delirante como esta (que parece salida del filme *La naranja mecánica*, de Stanley Kubrick), siempre estarán la ley, la escuela y la familia bien estructurada. Pero no nos engañemos, pues cualquiera de estos valladares será inútil sin el ejercicio de una eticidad comprometida con la virtud del amor y con la salvaguarda de la paz.

